

Oramos juntos el día del nacimiento de María, Madre del Señor y Madre Nuestra



Parroquia de San Vicente Ferrer

c/ Ibiza nº 43 bis - Madrid 28009

T: 91.504.15.21

sanvicenteferrer@archimadrid.es

Parroquia de San Estanislao de Kostka

c/ Doctor Esquerdo nº 97 interior - Madrid 28009

T: 91.573.46.03

parrosek@archimadrid.es

Introducción:



“Tenemos razones muy válidas para honrar el nacimiento de la Madre de Dios, por medio de la cual todo el género humano ha sido restaurado y la tristeza de la primera madre, Eva, se ha transformado en gozo”, decía San Juan Damasceno (675-749) en una hermosa homilía pronunciada un 8 de septiembre en la Basílica de Santa Ana en Jerusalén.

“¡Oh feliz pareja, Joaquín y Ana, a ustedes está obligada toda la creación! Por medio de ustedes, en efecto, la creación ofreció al Creador el mejor de todos los dones, o sea, aquella augusta Madre, la única que fue digna del Creador”, añadía el Santo y Doctor de la Iglesia.

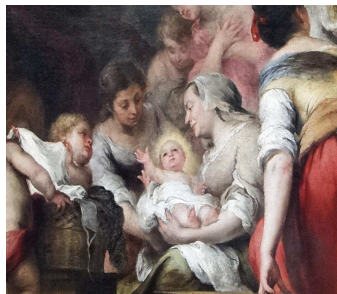
En los Evangelios no se dan datos del nacimiento de María, pero hay varias tradiciones que hablan de ello. Algunas, considerando a María descendiente de David, señalan su nacimiento en Belén. Otra corriente griega y armenia, señala a Nazareth como cuna de María.

Sin embargo, ya en el siglo V existía en Jerusalén el santuario mariano situado junto a los restos de la piscina Probática (de las ovejas). Allí, debajo de la hermosa iglesia románica levantada por los cruzados y que aún existe (la Basílica de Santa Ana), se hallan los restos de una basílica bizantina y unas criptas excavadas en la roca que parecen haber formado parte de una vivienda que se ha considerado como la casa natal de la Virgen.

Esta tradición, fundada en apócrifos muy antiguos, como el llamado Protoevangelio de Santiago (siglo II), se vincula con la convicción expresada por muchos autores acerca de que Joaquín, el padre de María, fuera propietario de rebaños de ovejas. Estos animales eran lavados en piscina probática antes de ser ofrecidos en el templo.

La Fiesta de la Natividad (nacimiento) de la Santísima Virgen surgió en oriente por el siglo V - VI y en occidente fue introducida hacia el siglo VII, donde era celebrada con una procesión – letanía que concluía en la Basílica de Santa María la Mayor.

Todos estos datos históricos corroboran el profundo amor mariano de los primeros cristianos y la importancia de la fiesta que se celebra hoy, en la que la Iglesia conmemora el Nacimiento de la Madre de Dios.



“Hoy emprende su ruta la que es puerta divina de la virginidad. De Ella y por medio de Ella, Dios, que está por encima de todo cuanto existe, se hace presente en el mundo corporalmente”, explicaba San Juan Damasceno.

“Sirviéndose de Ella, Dios descendió sin experimentar ninguna mutación, o mejor dicho, por su benévola condescendencia apareció en la Tierra y convivió con los hombres”.



Oramos con el magnificat, el canto de María:

Proclama mi alma
la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu
en Dios, mi salvador;
porque ha mirado
la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán
todas las generaciones,
porque el Poderoso
ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
—como lo había prometido a nuestros padres—
en favor de Abrahán
y su descendencia por siempre.

Peticiones:

Oramos a Dios unidos a María la mujer libre, la amiga y Madre del Señor:

Que seamos como María

Señor, Tú viniste para hacernos libres ante Dios; sin embargo nosotros dudamos, tenemos miedo y huimos de ti y de hacer el bien. Danos el espíritu de libertad de María que supo escuchar las palabras del ángel y entender que contigo todo es posible.

Señor, Tú rompiste las cadenas del pecado. Danos la libertad para rechazar lo que nos perjudica, mal, lo que daña a los demás, lo que destruye nuestra convivencia y nuestra fe. Danos el espíritu de libertad de María que entendió que hay que fiarse de Ti, antes que de sí misma.

Señor, Tú quieres que seamos hombres y mujeres libres; sin embargo se dan entre nosotros muchas esclavitudes; costumbres no buenas, dependencia de los estados de ánimo, acomodaciones... Danos el espíritu de libertad de María que supo anteponer tus gustos, tus planes, a sus preferencias humanas.

Señor, Tú no nos ha creado como máquinas o robots sino como hijos, hermanos libres; sin embargo, no sabemos respetar a los que son distintos, a los que no piensan como nosotros, a los que fallan, a los que nos contradicen, Danos el espíritu de libertad de María para que estemos siempre abiertos a la verdad y para que, como Ella, sepamos dar vueltas en el corazón aquello que no entendemos.



Oración final (todos)

Santa María, madre de Dios y madre nuestra,
tú fuiste una mujer libre porque dijiste siempre "sí" al
Señor.



Míranos a nosotros que vivimos a veces
sin libertad

por tantos malos amos que nos impiden
confiar en Dios y amar de corazón a los
hermanos.

Enseñanos, como sabia maestra de la fe
que eres,
a buscar siempre los gustos de Jesucristo
y las sabias recomendaciones del evange-
lio.

Ayúdanos con tu protección de Madre
a no ceder a nuestros caprichos e indivi-
dualismos,
en especial a aquellos que justificamos y
defendemos.

Y permítenos unirnos a tu oración
que nos alcanza el Espíritu de la verdade-
ra libertad.

Te lo pedimos con confianza
porque te conocemos y te queremos mucho.

Gracias, Madre.

Con San Pablo VI oramos a María:

Santa María, Admiración y gozo de los ángeles,
Obra maestra de Dios,
Dulce Madre de la humanidad redimida,
Hija excepcional de la humanidad,

Eterno femenino en su cumbre,
Figura de dulzura y de belleza,
Flor de la humanidad redimida,
La más bella figura de mujer,
Síntesis de toda la humanidad redimida,
Espejo de la luz divina,
Espejo ideal de belleza y de bondad,
Vértice y figura de la Iglesia,
Rostro lleno de gracia, ruega por nosotros.

A tu Corazón Inmaculado
encomendamos el género humano.
Condúcelo al conocimiento
del único y verdadero Salvador, Cristo Jesús.
Concede a todo el mundo la paz en la verdad,
en la justicia, en la libertad y en el amor.

Haz que toda la Iglesia
pueda elevar al Dios de las misericordias
un majestuoso himno
de alabanza y agradecimiento,
pues grandes cosas obró el Señor en ti,
clemente, piadosa, dulce Virgen María.